

EL HOMBRE SUPERFLUO

David Ibarra
1º de octubre de 2012
El Universal

En casi todas las latitudes se observan grandes grupos de la población que no encuentran cobijo, que son parias distributivos que, por una razón u otra, han de vivir en la pobreza, en el desamparo, carecer de voz política, cuando paradójicamente el mundo reconoce más que nunca los derechos humanos y cuando los avances de la tecnología podrían asegurar el bienestar de todos. Más de 200 millones desempleados y casi 2000 millones de pobres, configuran la dramática situación del mundo.

Atrás de la permanencia de esos fenómenos se manifiestan dislocaciones que forman parte de la matriz de cambios políticos y socioeconómicos que no acaban de asentarse desde su instauración en el último cuarto del siglo pasado y que son la raíz de la crisis universal de 2008. Junto al conservadurismo del Primer Mundo, las soberanías se debilitan al ceder el paso a normas extraterritoriales que frecuentemente violentan el sentir democrático de los países. América Latina quizás no hubiese experimentado con la misma intensidad la década perdida de los años ochenta, si junto a la corrección de desajustes propios, no se hubiese sumado la aceptación acrítica de los dictados del Consenso de Washington. Asimismo, los draconianos acomodos recientes de Grecia, Irlanda, Portugal o España, no habrían cobrado su actual hondura antidemocrática sin las presiones externas de Bruselas, Alemania y del FMI que ya han derribado a varios gobiernos electos en las urnas, con independencia de su afiliación política.

El nuevo orden económico altera de raíz la vieja división internacional del trabajo. China, India o Indonesia merced a la amplitud de sus mercados y la baratura de la mano de obra y la ayuda de los grandes consorcios transnacionales, atraen y concentran la inversión, la producción y el empleo del mundo. China ya es el primer productor industrial y energético, toma delantera en materia de exportaciones y alcanza ritmos de

desarrollo que son envidia universal. En contraste, la generalidad de los países del Primer Mundo, experimentan crecimiento bajo, acumulan balanzas de pagos deficitarias, se desindustrializan y se especializan en servicios de alto valor agregado, como los financieros. Tales hechos están detrás de burbujas y desequilibrios globales y nacionales que difícilmente podrían sostenerse de manera indefinida.

De aquí se derivan desajustes con acrecentamiento de las deudas de los países deficitarios; problema que algunos resuelven depreciando el tipo de cambio y, otros, impedidos de hacerlo, por pertenecer a zonas de integración, devalúan internamente precios, salarios y demanda interna, como ocurre en la periferia de Europa. La contrapartida, se expresa en la acumulación de reservas en los países exportadores emergentes -sólo China (2011) posee divisas 6 veces mayores a las tenencias conjuntas de Estados Unidos y de Europa- que poco a poco los transformarán en potencias financieras, haciendo peligrar el papel del dólar como moneda de reserva. En tales circunstancias y sin cambio de políticas, el mercado interno del Primer Mundo seguirá deprimido por cuanto familias y empresas intentarán desendeudarse, encaran desempleo y enfrentan escasas oportunidades de inversión. Más aún, la masa de ahorros del Primer Mundo se reduce al prevalecer tasas de interés bajísimas o negativas.

Los desajustes productivos, comerciales y financieros de orden internacional, generan serias dislocaciones en los mercados de trabajo y en las fuerzas políticas de los países. Se hace competir de golpe a los trabajadores de todas las naciones, existiendo notorias diferencias en los salarios, en las dimensiones de las reservas de mano de obra, en las legislaciones protectoras del trabajo. En términos globales, ello eleva las utilidades, favorece a la eficiencia, reduce los costos de producción, amplía la ocupación de pocas economías (China) y la suerte de empresas transnacionales; sin embargo, en otras latitudes, desgrana a las instituciones laborales y las organizaciones obreras, crea desocupación e informalidad, debilita la negociación colectiva e induce a la pérdida de

derechos adquiridos vía la flexibilización de las normas de trabajo o las llamadas reformas laborales. Como resultado, se erosiona la fuerza política de los trabajadores, se debilitan los estados benefactores, se violan los pactos sociales, mientras se refuerza a los consorcios empresariales, sobre todo, los financieros.

Varios hechos destacan en la evolución de los mercados de trabajo. De un lado está el desempleo crónico, alto, recrudecido por la crisis en el Primer Mundo que alcanza alrededor del 9%-10% de la mano de obra y que se sostendrá con alta probabilidad en ese nivel hasta el 2016. De otra parte, surgen fuertes presiones migratorias y de la informalidad en América Latina, África y otras naciones tercermundistas, como expresión de la quiebra de los mercados de trabajo, de la declinación de los salarios y, sobre todo, del acrecentamiento de los grupos excluidos del ámbito protector de las leyes laborales.

En muchos países, el trabajo se ha tornado precario e inestable. Los salarios y los ingresos de las clases medias se rezagan con respecto a la productividad. Crece el desempleo crónico de trabajadores y se multiplican los contratos de trabajo parcial o temporal. A la par se relajan las regulaciones laborales y ascienden los gravámenes a la mano de obra. Aquí también gravitan los procesos de desindustrialización, de cambio tecnológico y educación de la mano de obra. Obsérvese en particular, que la ocupación industrial del Primer Mundo ha caído el 14% en el periodo 2000-2011, mientras ascendió 43% en el oriente y sur asiáticos. En América Latina, privan circunstancias semejantes: la recuperación del empleo postcrisis ha sido incompleta e incapaz de reducir decididamente la informalidad (entre 35% y 40% de la fuerza de trabajo). En México, por ejemplo, la ocupación en la industria de transformación ha caído 10% en números absolutos entre 2000 y 2010, mientras el sector informal ya absorbe al 60% de la fuerza de trabajo.

Corolario de lo anterior, son los índices ascendentes de concentración del ingreso, aún en países que han reducido la pobreza. A título ilustrativo en México y Chile, el ingreso del 20% de la población más rica con respecto a igual porcentaje de la más pobre, suma trece veces en el primer caso y dieciséis veces, en el segundo. En los Estados Unidos y China, ese mismo coeficiente sube de 5.9 a 8.4 veces y de 7.1 a 12.2 veces (1980-2000), respectivamente.

En suma, el proceso desregulado de la globalización ha conducido al descuido de los seres humanos y de sus derechos con desmedro de la misma estabilidad política de los países. Aún más, el desarrollo económico ha cesado de contribuir como antaño al bienestar general, dado que en altísima proporción los beneficios se concentran, peculiarmente en el 1% de los ciudadanos más afortunados, mientras los salarios retroceden o se estancan. Asimismo, se observa que la orientación de las políticas anticrisis, se dirigen no a resolver las angustias ciudadanas, sino a sostener, aún en contra de la salud fiscal de los gobiernos, los privilegios de las elites financieras. Por ejemplo, el salvamento de los bancos españoles, supone la transferencia de más de 60 mil millones de euros que en principio se sumarán directa o indirectamente al endeudamiento del gobierno, quizás forzando alzas irremediables en las primas de riesgo. Entretanto, se castiga a la demanda interna con desempleo, recortes al gasto público esencial, alza de impuestos y otras medidas deshumanizadas para combatir la crisis por la vía paradójica de borrar cuanto antes los déficit fiscales resultantes de los rescates bancarios. Más y más, el hombre, el ciudadano común, parece ocupar un papel residual en las realidades del mundo.